

# **La importancia de los Estudios Generales en el proyecto formativo integral del profesional universitario actual**

**11 de noviembre 2021, Honduras**

Waldemiro Vélez Cardona

## **Introducción.**

Estamos en un momento histórico, en el que nos hemos hecho crecientemente conscientes de la complejidad del Planeta que habitamos y nos habita. La utilización de conceptos como: poli-crisis<sup>1</sup> (Morin, 2011; Morin y Kern, 1993), antropoceno<sup>2</sup> (Crutzen, 2002; Steffen, Crutzen y McNeill, 2007) y singularidad tecnológica<sup>3</sup> (Kurzweil, 2003; Vinge, 2003; Nicolescu, 2017); para describir el presente y futuro de nuestra era se hace cada vez más frecuente, a la vez que preocupante. Las implicaciones de esta situación son enormes. El acercarnos a comprender nuestro entorno y a nosotros mismos viene a ser un reto cada vez mayor. Sobre todo, si continuamos aferrándonos a usar teorías, métodos y epistemologías que nos sirvieron bien -aunque de manera siempre incompleta- en tiempos y condiciones del pasado.

La crisis global que enfrentamos desde hace varios años requiere de cambios y soluciones también globales. Es decir, necesitamos desarrollar teorías, enfoques e investigaciones que den cuenta de dinámicas crecientemente complejas e interrelacionadas, no sólo en el ámbito local sino también a escala planetaria. En ese contexto, la formación de profesionales que sean capaces de proponer nuevas teorías,

---

<sup>1</sup> Cuando se presentan simultáneamente crisis en diversas dimensiones de la vida social y natural.

<sup>2</sup> Nueva era geológica en la que los humanos han desarrollado la capacidad para impactar decisivamente los ciclos de reproducción de la naturaleza, poniendo en riesgo no solo su sobrevivencia en el plante, sino también la de otras formas de vida.

<sup>3</sup> Cuando se pueda dar una completa fusión entre los seres de carbono (humanos) y los de silicio (robots o máquinas), llegando estos últimos a tener consciencia, al igual que los primeros.

así como modalidades de administración y gestión del conocimiento que sean efectivas, viene a ser de extrema urgencia.

Tanto para el presente como para el futuro, se necesitan profesionales que estén preparados, no solamente para responder a un mundo muy incierto y altamente complejo, sino para reorientar el curso de los acontecimientos. Por eso deben desarrollar un amplio espectro de capacidades, tanto intelectuales como afectivas y comunicativas.

En la actualidad, los modelos educativos o de adiestramiento que privilegian una mirada reduccionista, excesivamente profesionalizante y disciplinaria, se muestran cada vez más inadecuados para dar cuenta de la realidad que enfrentamos.

### **La importancia de los Estudios Generales**

Podría decirse que en todo el siglo XX y lo que va del XXI las universidades han intentado reducir los efectos de la fragmentación e hiper-especialización que provocan las disciplinas. A pesar de la tendencia disgregadora que se convirtió en hegemónica en las maneras en que se organizó el trabajo universitario por medio de departamentos, centros, institutos y facultades especializadas, la educación integral del estudiante continuó siendo uno de los propósitos importantes de la universidad. Cuánta importancia se le adjudica en la práctica, más allá de los estatutos y documentos de misión, fue algo que varió de una época a otra y de una institución a otra. Lo más frecuente ha sido el desarrollo de un componente del currículo para atender la educación integral del estudiante. A dicho componente se le ha dado varios nombres: formación básica, educación liberal, estudios generales y educación general, entre otros. Ha sido muy frecuente que este componente tenga un enfoque multidisciplinario. En escasas

ocasiones podría haber llegado a un nivel mayor de integración y ubicarse en el terreno de la interdisciplinariedad. Actualmente se hace imperativo que transite decisivamente al terreno de la transdisciplinariedad.

El componente curricular en el que cohabitan la literatura, el arte, la ciencia, la historia, la filosofía y el compromiso con el desarrollo de una ciudadanía intercultural y democrática, como vimos anteriormente, es la educación general. Es a partir de ella que mejor podremos emprender el mayor reto de nuestro tiempo, una reforma del pensamiento. Ésta es la que, en palabras de Morin (2010, pp.12-13): ...permitiría frenar la regresión democrática que suscita, en todos los campos de la política, la expansión de la autoridad de los expertos, especialistas de todos los órdenes. Esa expansión ha estrechado progresivamente la competencia de los ciudadanos, condenados a la aceptación ignorante de las decisiones tomadas por quienes se presupone que saben, pero que de hecho practican una inteligencia ciega, por parcial y abstracta, que fragmenta la globalidad y pierde de vista el contexto de los problemas. El desarrollo de una democracia cognitiva sólo es posible mediante una reorganización del saber, la cual exige una reforma del pensamiento que permitiría no solamente separar para conocer, sino también religar lo que se separa. Se trata de una reforma mucho más profunda y amplia que la de una democratización de la enseñanza universitaria y una generalización del estado de estudiante. Se trata de una reforma, no ya programática, sino paradigmática, que concierne a nuestra aptitud para organizar el conocimiento. Para Tamariz y Espinoza (2007, p. 22), la cosmovisión transdisciplinaria es ella misma integral, pues incorpora al cosmos, al hombre espiritual y al hombre situado en el mundo. Es el resultado de la visión sintética de todas las disciplinas, tanto las que tradicionalmente se

han denominado como ciencias naturales, sociales y humanísticas; pero también es producto de otros modos de conocer, los que dejaron de ser predominantes, pero que están vivos aún y aportan a entender dimensiones humanas que de otra manera no estarían accesibles (la espiritualidad, nuestro ser interior, todo aquello que se ubica en lo sagrado, porque escapa a la razón).

Sintetizando mucho deseo plantear que la educación general, al igual que la transdisciplinariedad, se caracteriza por propiciar la conexión e integración de saberes provenientes de los diversos campos del conocimiento (ciencias sociales, ciencias naturales y humanidades) y de incorporar integralmente las experiencias y vivencias cotidianas de los estudiantes en los procesos de aprendizaje (Dewey). De esa manera se integran los saberes científicos con la intuición, la sensibilidad y toda forma de producir conocimientos y sabiduría que poseemos como herencia, particularmente aquellos que marginados e invisibilizados por el canon eurocéntrico con pretensiones universalistas (los saberes ancestrales de nuestra Abya Yala, los orientales, africanos, etc.) los que también debemos incorporar en nuestra docencia e investigación, sobre todo en el contexto de los Estudios Generales. Al ubicarnos, docentes y estudiantes, como sujetos en permanente transformación podemos aceptar y valorar las preguntas abiertas y sin respuesta; los espacios no saturados, los órdenes siempre incompletos; a la misma vez que se vive la relación compleja entre la certeza y la incertidumbre que habitamos y nos habita.

Se hace preciso reconocer que las aptitudes cognitivas humanas solo pueden desarrollarse en el seno de una cultura que ha producido, conservado y transmitido un lenguaje, una lógica, un conjunto de saberes y de criterios de verdad. (Morin, 1999, p.

20). El conocimiento es un fenómeno multidimensional-complejo que requiere de la conjunción de procesos energéticos, químicos, fisiológicos, cerebrales, existenciales, psicológicos, culturales, lingüísticos, lógicos, ideales, personales, inter y transpersonales y colectivos; los que engranan y son inseparables unos de otros. Es decir, de la relación fundamental que existe entre el todo y las partes y las partes y el todo, tal como destaca el pensamiento complejo acogiendo los planteamientos de Pascal (1940/1656). El estudio de la relación entre el todo y las partes siempre ha sido parte fundamental de la educación general. Por eso reconoce a las partes o fragmentos del conocimiento en el contexto de las disciplinas y procura ubicarlas en un contexto mayor, **general**, que podemos identificar con el todo, al entender la necesidad de integración de los saberes para acercarnos al entendimiento de lo que nos rodea y de lo que formamos parte indisoluble. Es decir, a lo que estamos unidos en cuerpo y alma. Visto esto aquí como postura epistemológica, además de cómo sabiduría popular. (Subirats y Vélez, 2010, p. 4)

Los estudios generales reconocen la porosidad y vinculación de los saberes, así como la insuficiencia y limitación que representa la manera en que han sido organizados en las universidades (disciplinas, departamentos, facultades, carreras, etc.). De ahí que su principal aportación a la formación integral de los y las estudiantes proviene de su énfasis en develar los fundamentos epistemológicos, económicos, políticos, en fin, culturales en sentido amplio, de todas las maneras de producir y organizar el conocimiento, tanto a través de la historia como en la actualidad; y la indisoluble vinculación de estos procesos con nuestra realidad y con las formas en que la representamos, construimos y reconstruimos, pero sobre todo experimentamos, disfrutamos, sufrimos y vivimos. En

otras palabras, la educación general nos ayuda a restablecer la relación individuo/especie/sociedad, sin que esto conduzca a reducir o subordinar un término a otro. (Morin, 1993, pp. 22-23).

Los estudios generales, además, -y tal vez, sobre todo- promueven activa y deliberadamente las conexiones entre las diversas áreas del saber, propiciando la reconstrucción de su tejido (*complexus*), así como el entendimiento de las razones históricas de su parcelación (disciplinarización) y los efectos que esto ha tenido y tiene en los procesos de aprendizaje y producción cultural. De ahí que se proponen propiciar la re-vinculación holística de los saberes, reconociendo la complejidad de nuestra existencia y la unidad intrínseca de todos los elementos que la configuran y posibilitan (biológicos, químicos, socioculturales, medioambientales, físicos, emocionales, espirituales, etc., etc.). Por eso, debe incorporar la transdisciplinariedad como la estrategia más adecuada para producir aprendizajes, conocimientos, cultura, acciones y maneras de vivir y ser que produzcan el mayor bienestar individual y sobre todo colectivo.

La aceptación de que vivimos en un mundo global que nos convoca a reconocer su enorme complejidad, nos conduce inevitablemente a replantearnos las competencias laborales que incrementarán la productividad y; por tanto, la competitividad internacional de empresas y países. Para ser exitosos en este mundo global y complejo, necesitamos capacitar a los trabajadores -particular pero no exclusivamente a los gerentes vinculados con la toma de decisiones- con destrezas de integración del conocimiento, incorporando la importancia de los contextos, así como la diversidad cultural.

Para lograr lo anterior, se precisa de unos Estudios Generales universitarios, enriquecidos por la transdisciplinariedad, con las que se puedan trascender los lindes

disciplinarios y hasta salir de las instituciones académicas y empresariales, para construir conocimientos socialmente robustos.

De estas maneras potenciaremos no solo el aprendizaje permanente, sino también su efectiva incorporación a los procesos productivos y a la cotidianidad, aumentando tanto la competitividad como la calidad de nuestras vidas.

La visión empresarial del Siglo XXI deberá enfrentarse y convivir con la creciente incertidumbre que caracteriza nuestro mundo. Necesita aprender a aceptarla como oportunidad en lugar de intentar eliminarla por completo –siempre infructuosamente- o considerarla meramente como un componente de error en los modelos (económicos, entre otros).

Según Miller (1988), *planteada en sus términos más amplios, la educación general es aquella parte del curriculum que enseña tanto las responsabilidades cívicas y el valor de las artes, las ciencias y las humanidades. En una era de creciente especialización la educación general es con frecuencia vista como un correctivo de la estrechez de la concentración de un curriculum ocupacional o profesional, proveyendo ambos, un conjunto (core) común de conocimientos y una ampliación (breadth) de los conocimientos y las destrezas.* (Traducción libre).

Por su parte la transdisciplinariedad, busca *superar la parcelación y fragmentación del conocimiento que reflejan las disciplinas particulares y su consiguiente hiperespecialización, y, debido a esto, su incapacidad para comprender las complejas realidades del mundo actual, las cuales se distinguen, precisamente, por la multiplicidad de los nexos, de las relaciones y de las interconexiones que las constituyen* (Martínez Mígueles, 2003, p. 1). No debemos olvidar que la identidad de la educación general se

basa precisamente en el cuestionamiento y reevaluación permanente de los bordes y fronteras que, muchas veces artificialmente, pretenden deslindar los saberes. Resulta evidente que la educación general y la transdisciplinariedad tienen objetivos similares. Por eso nos parece que el desarrollo actual de la educación general está estrechamente relacionado con la instauración del paradigma de la complejidad, así como con la integración de prácticas pedagógicas y de investigación que sean transdisciplinarias.

En realidad, la transdisciplinariedad viene a ser mucho más que una herramienta conceptual para comprender el mundo. Apunta no sólo a una nueva forma de conocer, sino de ser, es más, hacia una total rehumanización de las prácticas de conocimiento (Flórez Malagón, 2002, p. 22).

Se precisan modelos transdisciplinarios que promuevan un pensamiento complejo. Abordajes que permitan reconstruir la unidad que en realidad tienen los procesos económicos, políticos, ambientales, gerenciales y financieros, entre muchos otros. Es por todo ello que los estudios generales vienen a desempeñar hoy un papel mucho más importante que en el pasado.

En esta reflexión se concibe al estudiante como un ser humano que se inserta en su contexto social y natural; -el que a la vez que lo condiciona es condicionado por él-, más que como un cliente que hay que complacer o una mercancía a la que hay que añadirle valor. Por eso, los estudios generales deben promover la inserción del estudiante en la sociedad como ciudadano capaz de transformar las condiciones de su propia auto reproducción. Es decir, deben propiciar el entendimiento de que por medio del trabajo y la participación ciudadana podemos determinar el rumbo que toma la sociedad.

Los estudios generales que debemos desarrollar en la economía del conocimiento son aquellos que enfatizan en la investigación transdisciplinaria como el método más adecuado para producir conocimientos y prácticas emancipatorias, toda vez que: *las mentes formadas por las disciplinas pierden sus aptitudes naturales para contextualizar los saberes tanto como para integrarlos en sus conjuntos naturales. El debilitamiento de la percepción de lo global conduce al debilitamiento de la responsabilidad (cada uno tiende a responsabilizarse solamente de su tarea especializada) y al debilitamiento de la solidaridad (dejan de sentirse los vínculos con sus conciudadanos).* (Morin, 2001, p. 40).

El reconocimiento de la complejidad le lanza importantes retos a las instituciones que forman profesionales. Les invita a prestar mayor atención a las inter-retro-acciones, a las dialécticas, las dialógicas, incertidumbres, aleatoriedad, poli determinaciones, inter determinaciones, innovaciones, creaciones, etc. Nunca debemos olvidar que la sociedad es un todo cuyas cualidades retro actúan sobre los individuos dándoles un lenguaje, cultura y educación, costumbres, etc. La producción de conocimiento no depende solamente del desarrollo de las ciencias, pues incluye otras formas de saber provenientes de la vida cotidiana y hasta del mundo mágico, simbólico, religioso y mítico. De ahí la importancia de todas las manifestaciones de lo cultural. Tal como afirma Marcelo Pakman (2003, p. 13) al vincular la transdisciplinariedad con la complejidad: *el tejido permanente de una antro-po-bio-cosmología, como transdisciplina en la que lo cultural son sucesos que se dan entre seres biológicos, que son seres físicos, lo cual en vez de llevarnos por el camino del reduccionismo, nos lanza por un camino inexplorado de articulación en la cual lo físico y lo biológico se complejizan y complejizan, a su vez, a lo cultural.*

Para Rigoberto Lanz (2010, p.207), por otra parte, la transdisciplinariedad, más que “una mirada” diferente viene a ser una nueva manera de mirar, de ubicarnos en el corazón de una nueva racionalidad y en el centro de otro modo de pensar, el que se distancia de la racionalidad moderna y acoge de lleno la complejidad.

Kockelman (1979) y Juarroz (1994) plantean que la transdisciplinariedad es sobre todo una actitud, orientada hacia la comprensión de las contribuciones de todas las disciplinas y formas del saber (como el arte y la poesía, según Juarroz), a partir de una reflexión crítica, filosófica y supra-científica (Klein, 2002, p. 8). Es ante todo una actitud de humildad y apertura a las aportaciones de muchos y variados otros, aunque no tengan el aval de la academia o la ciencia.

Nicolescu (2011a, pp.1-2), quien ha dedicado una parte significativa de su vida a promover la transdisciplinariedad, presenta seis argumentos para sustentar su tesis de lo imperativo que resulta acoger la transdisciplinariedad en la actualidad. 1) la explosión de las disciplinas, que pasaron de 7 en el siglo 13 a más de 8,000 en el 2011, lo que hace que un experto en una disciplina pueda ser ignorante en otras 7,999. La toma de decisiones basadas en la ignorancia inevitablemente va a profundizar las crisis actuales. 2) Los trepidantes cambios económicos y tecnológicos del mundo contemporáneo inducen al desempleo a todos aquellos que sean incapaces de cambiar de oficio continuamente, lo que se hace prácticamente imposible por la hiper-especialización a la que están sometidos en la actualidad. 3) Los recientes descubrimientos en neurofisiología evidencian el hecho de que la inteligencia analítica es demasiado lenta en relación con la inteligencia emocional. De tal forma que debemos hallar en el sistema educativo un equilibrio entre el conocimiento analítico y el ser interior. 4) La globalización,

y el creciente flujo migratorio que propicia, nos pone cada vez más en contacto con personas que provienen de países con cultura, religión y espiritualidad diferentes a las nuestras. De ahí que la universidad deba introducir el diálogo entre culturas, religiones y espiritualidades. 5) Los rápidos progresos en los medios de comunicación implican una complejidad creciente en un mundo cada vez más interconectado en unos ámbitos y más fragmentado en otros. De ahí que la nueva educación deba inventar nuevos métodos de enseñanza, basados en nuevas lógicas complejas. 6) La solución de problemas en el mundo real le reclama a la universidad que interaccione con la sociedad, la industria, los bancos y la ecología. Estos problemas pertenecen claramente al dominio del “trans”: por lo que su solución requiere ubicarse más allá de las disciplinas académicas. Todos estos elementos hacen extremadamente urgente que la universidad se mueva decisivamente a una educación transdisciplinaria. ¿Qué tendría que hacer la universidad para desarrollar ese tipo de educación? Esa fue la pregunta que se intentó contestar en el Congreso Internacional de Locarno, Suiza, en 1997. En la Declaración que se desarrolló como parte de los consensos obtenidos tras tres días de discusión se expone lo siguiente, en su artículo 2: Pese a las condiciones extremadamente distintas entre una universidad y otra y de un país a otro, la desorientación de la Universidad se ha convertido en un fenómeno mundial. Múltiples síntomas ocultan la causa general de esta desorientación: la privación del sentido y la escasez universal de éste. La búsqueda del sentido pasa necesariamente por la educación integral del ser humano, a la que la transdisciplinaria puede contribuir a abrir el camino (énfasis añadido). En varios artículos de dicha Declaración se expone lo que entendieron por “educación integral.” Tal vez es en el artículo 9 donde mejor se expresa dicho entendimiento. Una educación

auténtica no puede orientar el conocimiento hacia el único polo exterior del Objeto enterrado bajo centenares de disciplinas de investigación sin orientar al mismo tiempo su interrogación hacia el polo interior del Sujeto. En esta perspectiva, la educación transdisciplinar evalúa de nuevo el papel de la intuición donadora originaria, del imaginario, de la sensibilidad y del cuerpo dentro de la transmisión de conocimientos. Al igual que la educación general, la transdisciplinariedad busca superar la parcelación y fragmentación del conocimiento que reflejan las disciplinas particulares y su consiguiente hiper-especialización. No debemos olvidar que la identidad de los estudios generales se basa precisamente en el cuestionamiento y reevaluación permanente de los bordes y fronteras que, muchas veces artificialmente, pretenden deslindar los saberes. Resulta evidente que la educación general y la transdisciplinariedad tienen objetivos similares. Por eso me parece que el desarrollo actual de los estudios generales está estrechamente relacionado con la instauración del paradigma de la complejidad, así como con la integración de prácticas pedagógicas y de investigación que sean transdisciplinarias.

Me parece que un buen punto de partida para una docencia transdisciplinaria que propicie la democratización del conocimiento es el entender a **les** estudiantes como **sujetes** cuestionadores, quienes van desarrollando sus aptitudes intelectuales y políticas -en sentido amplio- por medio de las preguntas. Nuestra capacidad para preguntar nos hace lo que somos y lo que podemos llegar a ser (Gadamer, 2004: 356-371). Crucialmente, las preguntas nos abren nuevas posibilidades. La esencia de las preguntas, tal como Gadamer puntualiza, es que son para abrir y dejar abiertas posibilidades. Las preguntas no solo abren horizontes de posibilidad, sino que nos

proveen de nuestra propia y particular trayectoria: un sentido de propósito, el que es, por supuesto, integral a nuestro sentido de uno mismo.

Tenemos retos trascendentales como docentes, como ciudadanos, como herederos de la tierra (Abya Yala), como habitantes de este planeta en un cosmos incierto, desconocido y en expansión. El camino hacia la reformulación radical de nuestras prácticas docentes e intelectuales será largo y difícil. Hay que emprenderlo con alegría y esperanza. Son muchos los paradigmas que deberemos desmontar para reconstruir a la persona total, esa que somos o creemos ser. La ruta hacia ello, como nos ha planteado Maldonado-Torres (2010, p.59-60) requiere nada menos que *una radical reinvencción de la existencia*.

Es por el reconocimiento de todo lo anterior que entendemos que son los Estudios Generales transdisciplinarios los que más podrán aportar a la integración de saberes y a la formación integral del estudiante en la Universidad del Siglo XXI. Este es nuestro proyecto y nuestro gran reto.

Plantearé la importancia del tronco básico universitario (educación general), fortalecido por el pensamiento complejo y una concepción transdisciplinaria del mundo -y sobre todo de la educación superior-, para alcanzar una capacitación laboral que nos brinde mayores posibilidades de mejorar nuestra competitividad (empresas y países) en un mundo complejo y globalizado.

Es reconocido ampliamente que existe una relación muy estrecha entre la competitividad económica y la productividad, así como la relación que ambas tienen con la innovación, en todas sus manifestaciones (tecnológica, en productos y procesos organizacionales). La innovación se lleva a cabo tanto en las empresas, por medio de la investigación y

desarrollo, como en todas aquellas instituciones en las que la creación de nuevos conocimientos es parte importante de su misión. La más importante de estas instituciones es la Universidad.

Sintetizando mucho diré, con Edgar Morin y otros, que la complejidad es, a primera vista, *un tejido de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados, que presentan la paradójica relación de lo uno y lo múltiple. La complejidad es efectivamente el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico. Así es que, la complejidad se presenta con los rasgos perturbadores de la perplejidad, es decir de lo enredado, lo inextricable, el desorden, la ambigüedad y la incertidumbre.* (Morin, et. al. 2002a, p. 40). Según Morin, *la ambición del pensamiento complejo es rendir cuenta de las articulaciones entre dominios disciplinarios quebrados por el pensamiento disgregador (uno de los principales aspectos del pensamiento simplificador), éste aísla lo que separa, y oculta todo lo que religa e interactúa. En este sentido el pensamiento complejo aspira al conocimiento multidimensional. Pero sabe, desde el comienzo, que el conocimiento completo es imposible* (Morin, 2003, pp. 22-23)

El mencionado autor (2003, pp. 105-107) entiende que hay tres principios fundamentales que nos ayudan a entender la complejidad. Estos son: 1) el dialógico, el que nos permite mantener la dualidad en el seno de la unidad y entender como orden y desorden, en ciertos casos, colaboran y producen la organización y hasta la propia complejidad. Ahí se asocian dos términos que son a la vez complementarios y antagonistas. 2) la recursividad organizacional, por medio de la cual podemos comprender como los productos y los efectos son, al mismo tiempo, causas y

productores de aquello que los produce. Así, *la sociedad es producida por las interacciones entre individuos, pero la sociedad, una vez producida, retro actúa sobre los individuos y los produce. Si no existiera la sociedad y su cultura, un lenguaje, un saber adquirido, no seríamos individuos humanos. Dicho de otro modo, los individuos producen la sociedad que produce a los individuos. Somos, a la vez, productos y productores. La idea recursiva es, entonces, una idea que rompe con la idea lineal de causa/efecto, de producto/productor, de estructura/superestructura, porque todo lo que es producido reentra sobre aquello que lo ha producido en un ciclo en sí mismo auto constitutivo, auto organizado, y auto productor.* 3) en el principio hologramático el menor punto de la imagen contiene la casi totalidad de la información del objeto representado. La idea del holograma trasciende tanto al reduccionismo, el que solo ve las partes, y al holismo que solamente ve al todo. Aquí, el planteamiento de Pascal, sobre la relación entre el todo y las partes y las partes y el todo, ilustra muy adecuadamente lo que aporta el principio hologramático al entendimiento de la complejidad.

Por ello es que los Estudios Generales son el componente curricular que mejor incorpora la capacidad epistemológica de la transdisciplinariedad, la capacidad ética de unificar la diversidad sin perder las diferencias y la capacidad sociopolítica y económica de educar ciudadanos para los tiempos que vivimos y los que están por venir. Es decir, para ayudarnos a entender críticamente las tendencias económicas recientes que se vienen identificando como economía del conocimiento, el carácter histórico-político de éstas y la necesidad que tenemos de provocar que la economía esté al servicio de las necesidades humanas y no a la inversa.

## **Conclusiones**

La formación profesional actual y en el futuro, ubicada en el contexto de la economía del conocimiento, debe propiciar una síntesis en las tres dimensiones humanas que desde los tiempos más remotos han estado fragmentadas y en conflicto: la corporalidad, la inteligencia y el corazón. La corporalidad que sitúa la existencia en un aquí y ahora concreto, de praxis, de acción transformadora; la inteligencia que piensa la totalidad y la complejidad del mundo que habitamos; y el corazón que siente, acoge y abraza su solidaridad con las personas y la naturaleza.

Los Estudios Generales son el componente curricular más apto para propiciar esa síntesis y capacitar a los estudiantes para adentrarse en un mundo laboral plagado de incertidumbre. Ello en gran medida por su vocación transdisciplinaria, fundada en el proceso de reconstrucción de la unidad que intrínsecamente tienen los procesos sociales y naturales. Unidad que ha sido destruida por la disciplinarización del conocimiento en la Universidad.

A mi juicio, la educación general sigue siendo un componente central de los currículos universitarios, pero para mantener y fortalecer dicha posición tiene que moverse decisivamente al terreno de la transdisciplinariedad. La afinidad ontológica entre una y la otra posibilitan esta tarea. Aun así, la educación general deberá superar unos escollos importantes, algunos de los cuales han conducido a muchos a pensar que ha perdido pertinencia, se ha vuelto conservadora (en el sentido de petrificada y atrapada en un canon occidental ya superado), y hoy representa un despilfarro de los escasos recursos disponibles, por lo que muy bien podría ser prescindible. Otro escollo que deberá superar tiene que ver con los malos entendidos acerca de su identidad, lo que en ocasiones han provocado que sea confundida con los estudios humanísticos o interdisciplinarios.

Para propiciar efectivamente el que los estudiantes adquieran el perfil profesional que les permitirá ser exitosos en el Siglo XXI, debemos fortalecer el componente de Estudios Generales en nuestros currículos universitarios, incorporando plenamente el pensamiento complejo y las prácticas transdisciplinarias. Ese es nuestro reto en estos momentos y por esos rumbos nos debemos encaminar.